

Ambrose Bierce

El diccionario del diablo



Galaxia Gutenberg

AMBROSE BIERCE

El diccionario del diablo

Edición de
Ernest Jerome Hopkins

Traducción y notas de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de Ernest Jerome Hopkins

Título de la edición original: *The Enlarged Devil's Dictionary*

Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: abril de 2005

Primera edición en este formato: mayo de 2017

© de la traducción: Vicente Campos, 2005

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica

Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda

Depósito legal: B. 4335-2017

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-09-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Agradecimientos

Quede aquí constancia de mi agradecimiento al Arizona State University Research Committee, que subvencionó el proyecto que alumbró este libro; y, en particular, al doctor G. Homer Durham, presidente de la Universidad Estatal de Arizona; al doctor W. J. Burke, vicepresidente de la universidad y presidente de su comité de investigación; al doctor Karl H. Dannenfeldt, decano del College of Liberal Arts; al doctor Jerome W. Archer, jefe del Departamento de Inglés; al doctor Richard G. Landini, supervisor del Bierce Research Project; al doctor Alan D. Covey, bibliotecario, y al doctor Ernest L. Parker, cuya convicción de que un profesor emérito jubilado podría ser útil en la investigación en vez de desperdiciar su vida holgazaneando tuvo mucho que ver con el origen de este proyecto. De los bibliotecarios que colaboraron, los de Huntington, Bancroft, la California State Library de Sacramento, Suro Branch de la California State Library de San Francisco y la San Francisco Public Library merecen un agradecimiento especial. Como también lo merece mi esposa, Jean, que, para ser sincero, se encargó de la mayor parte del trabajo.

ERNEST J. HOPKINS

INTRODUCCIÓN

Bierce, el columnista cáustico

Estamos más que acostumbrados a oír hablar o a leer sobre Ambrose Gwinnett Bierce, el gran escritor satírico decimonónico, como un hombre misterioso, y lo cierto es que este extraordinario periodista guarda más misterios que los dos que suelen mencionarse. Los escritores populares de hace medio siglo sacaron mucho partido de la imagen de Bierce como «misterioso caso de desaparición», después de que éste llevara a cabo su espectacular desaparición en el México revolucionario a finales de 1913 y no regresara jamás. En sus cartas queda claro que este enérgico veterano de la pluma de setenta y un años no tenía la menor intención ni ninguna expectativa de volver; las tentativas de descubrir el cómo y el cuándo precisos de su muerte en México fueron vanas desde el principio, y lo siguen siendo hoy en día. Los biógrafos freudianos de los años veinte dedicaron cientos de páginas a intentar demostrar que su víctima estaba loca, aunque el acercamiento a Bierce como «misterio psicológico» tropezaba con realidades incuestionables como que había fallecido sano o que había llevado una vida periodística fructífera e intensa durante un período de cuarenta años en el implacable San Francisco de su época y en las no menos inhóspitas Nueva York y Washington; como mucho, sólo padecía una de las esperables neurosis freudianas, si es que se puede considerar tal su interés por la muerte y la religión.

Lo que hizo este hombre fue reírse de la vida, de la gente y de las instituciones y costumbres aceptadas como no había hecho antes ni ha vuelto a hacer hasta el día de hoy ningún otro escritor estadounidense. De la ácida pluma de Bierce (una verdadera pluma de ganso) salieron entre tres y cuatro millones de palabras manuscritas, de diferentes estilos, todos satíricos, la inmensa mayoría de las cuales aparecieron en los pequeños pero competentes semanarios que eran las publicaciones más distintivas de la vida periodística de San Francisco. Con los ingeniosos e insolentes artículos que fue publicando semana tras semana

entre 1868 y 1909, Ambrose Bierce se convirtió en la «firma» más prolífica del país en diversos géneros: ficción, poesía, artículos de opinión semanales y textos especiales de variada condición. Es posible que este prodigio de longevidad, prolijidad y versatilidad literaria no sea ningún misterio, pero incluso en nuestra época de máquinas de escribir eléctricas y dictado, una producción como la suya sería muy rara.

Un segundo misterio, y no pequeño para un periodista, radica en cómo este columnista pionero, el primero del que se tiene constancia que no permitió que se tocara ni una coma de sus manuscritos, consiguió encontrar a cuatro empresarios sucesivos –Frederick Marriott, del *News Letter*, propietario de un semanario económico; Frank H. Pixley, de *The Argonaut*, fiscal y político; E. C. Macfarlane, de *Wasp*, hombre de negocios culto; y William Randolph Hearst, que no necesita presentación– que le contrataran, le pagaran un salario, le dejaran escribir sus mordaces sátiras sin restricciones y le apoyaran contra viento y marea cuando se quejaban lectores agraviados, cosa que solía ocurrir con mucha frecuencia. Por descontado, Bierce aumentaba la tirada de las publicaciones para las que escribía. Con el tiempo, llegó a convertirse en una figura institucional a la que raramente se cuestionaba, lo que también les ha sucedido a algunos columnistas posteriores. Pero se ha de destacar como una importante contribución a la libertad de prensa que estos antiguos editores del San Francisco de las décadas de 1870 y 1880 crearan el que quizá sea el primer columnista genuinamente independiente en los anales del periodismo.

Por último, desde hace mucho se ha considerado un misterio la razón por la que Bierce, en sus últimos años de vida, realizó una selección tan peculiar de sus obras para los doce volúmenes de *Collected Works of Ambrose Bierce* (1909-1912). Su deseo de conseguir el reconocimiento público a su calidad literaria, entre otras muchas cosas, le llevó a omitir una buena parte de sus textos más importantes, además de algunos menos notables; y, en el caso concreto del que tal vez sea el volumen más destacado de literatura satírica jamás escrito por un estadounidense, al parecer Bierce se confabuló con Satán para ofrecernos una versión resumida en aproximadamente un cincuenta por ciento del verdadero *Diccionario del diablo*, en lugar de la obra íntegra.

Lo que me he propuesto ha sido recuperar el original que esa versión abreviada, como queda de manifiesto en este volumen, mutilaba. Me ha procurado un placer muy especial la tarea de buscar y reponer

en el lugar que le corresponde casi la mitad de *El diccionario del diablo* que Bierce no había incluido en sus *Collected Works*, las numerosas piezas que el autor había dejado para que se encontraran muchas décadas más tarde en viejos archivos. La razón por la que omitió buena parte de esos textos probablemente radique en que realizó la compilación de su obra en Washington D. C., y una porción sustancial del material que había publicado en revistas se encontraba en San Francisco y era inaccesible después del terremoto y el incendio de 1906. Esto es así, con toda seguridad, en el caso de la introducción original de «The Demon's Dictionary» [El diccionario del demonio] de 1875, que Bierce, al parecer, no pudo encontrar, de manera que las voces que en inglés van entre «A» y «Abasement» (humillación) no habían entrado nunca en el texto de *The Devil's Dictionary*. Descubrimientos como ése proporcionan una verdadera alegría al investigador.

Tal vez, el misterio inexplicable y definitivo sea la casi total inexistencia de obras satíricas genuinas en la literatura estadounidense. Bierce, que entre otras cosas era crítico literario, reflexionó sobre esa carencia, y creemos que merece la pena, para conocerle un poco mejor, citar algunos de los pasajes que escribió de vez en cuando, en los que consideraba la sátira como una forma literaria:

«Sátira –sostiene el Autor Melancólico–, es castigo. Y como tal ha caído en desgracia entre el público al perder todo el crédito en su justicia y eficacia. Por eso los canallas andan sueltos.»

Conozco a un hombre que tiene la censura por oficio: los necios son su tema y la sátira su canción.

Bien, caballero, el público lector americano desconoce casi por completo que existió una vez un tipo definido de escritura conocido, técnicamente, como sátira, que en el pasado no sólo ofreció grandes obras a la literatura sino que, dicho sea de paso, fue un azote para toda forma de indignidad personal o cívica.

Atacamos al que muestra disposición al mal y sólo elogiamos a los buenos. Los buenos son los amigos de *The News Letter*, y, como los reyes, no pueden equivocarse. Los que muestran disposición al mal son sus enemigos, y nada pueden hacer.

«La sátira no debería ser como una sierra sino como una espada; debería cortar, no despedazar»; *Exchange*. O, claro: debería ser «delicada». Todos los hombres de buen gusto literario le dirán que debería ser «delicada»; y también lo dirán todos los sinvergüenzas que la temen. Si la sátira tiene una cualidad a la que todo lo demás deba subordinarse —una cualidad que no debería perderse de vista en ningún momento pues es la única que merece la pena—, ésa es la «delicadeza», es decir, la oscuridad, o sea, la ineficacia... A un hombre que es objeto de sátira no se le debe hacer sentir desdichado; ¡oh, no, por favor! Debe parecerle una buena lectura, un poco mordaz y peculiar, pero, en general, estimulante y jovial. No lo despedacen...

A un corresponsal que parece sufrir una conmovedora ignorancia de los abusos le horroriza que debamos «ridiculizar y satirizar al mismo público de cuyo apoyo dependemos». Así que, dóciles, informamos a nuestro corresponsal de que, remordida nuestra conciencia por ofensas antiguas, hemos decidido no volver a pecar. De ahora en adelante, los rayos de nuestro desagrado se dirigirán exclusivamente hacia la política estatal y la estructura social de los patagones, de quienes esperamos conseguir que se avergüencen sinceramente de sí mismos en menos de un mes, con el consiguiente e indescriptible progreso del buen gobierno y la moralidad cristiana. Es ciertamente vergonzoso que un periódico satírico mancille su buen nombre y utilidad atacando a los granujas del mismo país en que se publica.

Una vez me preguntó un escritor famoso por qué nos reíamos con el ingenio. Le respondí: «No nos reímos, al menos, aquellos de nosotros que lo entendemos, no nos reímos». El ingenio puede hacernos sonreír o esbozar una mueca, pero la risa..., la risa es el precio más barato que pagamos por un entretenimiento de la peor calidad, es decir, por el humor. Hay personas que se ríen de todo lo que creen que se espera que se ríen. Como les han enseñado que cualquier comentario gracioso es ingenioso, estos ignorantes piensan lógicamente que todo lo ingenioso es gracioso... El humor es tolerante, enternecedor; su burla es suave, acariciante; el ingenio apuñala, pide perdón... y retuerce el arma dentro de la herida. El humor es un vino dulce; el ingenio, uno seco; bien sabemos cuál prefiere el auténtico *connoisseur*.

La carrera periodística de Bierce empezó, de manera inesperada, poco después de la guerra de Secesión. A los diecinueve años, joven

pero con cierta formación, se había alistado en un regimiento de Indiana y, dado que combinaba la temeridad con cierta capacidad para las matemáticas le encomendaron la peligrosa tarea de encargado del reconocimiento del terreno antes de las batallas, convirtiéndose así en un solitario miembro de la patrulla de reconocimiento que dibujaba los mapas. El general Hazen le mandó en avanzadillas a preparar los ataques contra Shiloh, Chickamauga y otros enclaves importantes. Resultó herido en dos ocasiones, una de ellas gravemente en la cabeza. Ascendió a sargento.

Acabada la guerra, Hazen se llevó a Bierce al Oeste, por las grandes llanuras, para realizar trabajos cartográficos para el ejército. Debería de haber recibido el rango permanente de capitán a su llegada a San Francisco en 1867. Pero el nombramiento se quedó en mero teniente; Bierce, decepcionado, se jugó a cara o cruz, lanzando una moneda al aire, la decisión de si aceptaba el grado de teniente o se dedicaba al periodismo, profesión en la que había adquirido experiencia antes de la guerra.

Salió periodismo. Bierce, que tenía en ese momento veinticuatro años, aceptó el veredicto y entró en la profesión periodística para quedarse de por vida. En San Francisco, que pasaba por entonces un período turbulento y caótico de su peculiar historia, las oportunidades para la práctica del periodismo eran numerosas, como posiblemente percibiera Bierce. Necesitado de manera urgente de educación, se ganó la vida durante un año con un magro salario en la Casa de la Moneda de San Francisco mientras dedicaba muchas horas a la lectura y el estudio intensivos. Su genio ya puede vislumbrarse en el hecho de que a mediados de 1868, a los veinticinco años, vendía sus primeros poemas y breves artículos a revistas de San Francisco. La osadía y la fuerza de esos artículos llamó la atención del mundo periodístico, y fue entonces cuando la casualidad hizo acto de presencia.

Una década antes, un inglés, Frederick Marriott, había fundado en San Francisco el *News Letter*, un pequeño semanario económico de 8 a 12 páginas dirigido a los hombres de negocios. Marriott había estado relacionado en Londres con la revista *Fun*, competidora de *Punch*; para darle una pincelada de humor al *News Letter*, había reservado una página, titulada «The Town Crier» [El pregonero], donde incluía textos ligeros y satíricos. Media docena de escritores se habían encargado sucesivamente de esa página y la habían dejado; en 1868 el redactor responsable era un excelente escritor, James T. Watkins, tam-

bién inglés, que quería marcharse de San Francisco y dedicarse al periodismo en Nueva York. Watkins y Marriott empezaron a buscar a alguien que se hiciera cargo de la página.

Lo más probable es que Watkins descubriera al joven Bierce y se lo presentara a Marriott, que le contrató como redactor de «The Town Crier» a principios de diciembre de 1868. Es también posible que Watkins se quedara en la revista unas semanas para formar al neófito y que las cosas empezaran con buen pie; los dos serían más adelante corresponsales en Nueva York y su amistad se prolongaría toda la vida.

No sabemos cómo ni por qué sucedió, pero Marriott, en el primer número de *News Letter* publicado tras la contratación de Bierce, incluyó un artículo que señalaba que los pastores de San Francisco no eran sacrosantos y que, desde ese instante, podían ser objeto de sátiras en los mismos términos que cualquier otro ciudadano. Esta atrevida y nueva política editorial tuvo mucho que ver con la atención que llamó de manera casi inmediata Bierce al llevarla a la práctica: los lectores de «The Town Crier» disponían de un nuevo elemento de su ciudad del que reírse, y los pastores, un grupo de verdaderos pioneros procedentes de todos los rincones del país, no dieron demasiadas muestras de molestarse; es más, hasta es posible que les divirtiera ver a sus colegas ridiculizados sobre el papel. No obstante, esta innovación sí tuvo una repercusión en la futura carrera de Bierce. Se le encasilló con la etiqueta no sólo de la sátira sino también de la irreverencia humorística, y esta crítica, en una reacción típica en él, sólo sirvió para que se reafirmase en esa vía.

De manera que Bierce se convirtió, en palabras de un pastor, en el «diablo que ríe» del periodismo de San Francisco; a partir de ese momento ése iba a ser el papel que asumiría en su profesión, un encasillamiento del que posiblemente no podría haberse librado, en el caso de que hubiera querido.

Aunque el *News Letter* era una publicación menor y de alcance exclusivamente local, poco a poco el joven Bierce empezó a llamar la atención en otras ciudades, entre ellas Nueva York y Glasgow. Un rasgo atractivo de su estilo era su carencia de inhibiciones, que despertaba en el lector la necesidad de querer saber qué iba a decir a continuación ese insolente. Los temas que abordaba en sus sátiras no eran raros: los incidentes de la política local, el cumplimiento de la ley, la delincuencia, la justicia, los pobres y los ricos, las costumbres del oeste, la educación y otros asuntos similares eran los objetos de las diatribas semana-

les de «The Town Crier». En cada número, entre 15 y 20 incidentes de ese tipo recibían su correspondiente comentario cáustico, a menudo con nombres y apellidos. «Vendo injurias», escribió. Aquellos que citaba Bierce eran objeto de las burlas de los demás, pero de tal modo que se sentían como si todos pertenecieran a una especie de club.

El trabajo era en verdad peligroso: sólo ha quedado constancia de una demanda por difamación, que se tomó a risa fuera de los tribunales, pero el San Francisco de la época era una ciudad violenta, donde cualquiera podía ser asesinado en un abrir y cerrar de ojos; de hecho, Bierce fue atacado en una ocasión. Siempre llevaba un revólver encima, y su mejor protección era la reputación que se había ganado durante la guerra como tirador letal.

Su aspecto físico era imponente: más alto que la mayoría de los hombres de la época, vestía con esmero, mantenía una actitud distante, salvo con sus amigos, y tenía una manera enérgica y directa de mirar a los ojos que llamaba la atención de cuantos le conocían. No sería extraño que interpretara un papel: esos rasgos han caracterizado al estereotipo del columnista de periódico hasta nuestros días, y Bierce, inconscientemente o no, parece haber establecido el modelo más duradero de esa pose.

Llegamos al día germinal de *El diccionario del diablo*, años antes de lo que se había creído hasta ahora. Hubo una semana «en blanco» a mediados de agosto de 1869, cuando escasearon los temas para «The Town Crier» y el columnista simplemente se sentó y «dejó volar la pluma». Y así nos encontramos ante una imagen poco frecuente de un hombre, con la mente relajada, en el proceso de que se le ocurra una idea importante. Al leer el siguiente fragmento que reproducimos de «The Town Crier» recuérdese que Bierce se había comprado un nuevo diccionario Webster's Unabridged y lo estaba estudiando con propósitos autodidactas:

La mente lexicográfica es humana y ocasionalmente no se libraré de cometer alguna tontería. Obsérvese si no la siguiente voz, extraída del último y más voluminoso Webster's: «**Vicerregente**, s. (Del lat. *vicem gerens*, que sustituye a otro.) Un teniente, un vicario, un funcionario al que un superior o una autoridad con potestad le encarga el ejercicio de las funciones de otro. A los reyes se les denomina en ocasiones vicerregentes de Dios. *Cabe desear que siempre sean merecedores de ese apelativo*» [curativas de Bierce]. ¿Se le podría haber ocurrido a alguien que no fuera un

humorista americano la idea de un *Diccionario cómico*? Da pena pensar qué fama podría haberse ganado Noah Webster de no haber encauzado su genio hacia la filología.

En aquel momento, dejó de lado esa idea; todavía tenía que desarrollarse en la mente de quien la acababa de concebir. En especial, la idea de qué palabras faltaban por definir y la del diablo como coautor. Pero la noción básica de un «Diccionario cómico» que fuera una parodia del diccionario real ya no se la quitaría de la cabeza.

Bierce siguió trabajando para Marriott durante tres años y medio. En marzo de 1872 dejó el empleo para trasladarse a Londres y buscarse la vida como escritor freelance norteamericano en el mercado inglés, una ambición que contó con la ayuda de Marriott, quien le dio algunas cartas de presentación para los editores de *Fun*. Poco antes de la partida, Bierce se había casado con Mary Ann Day, hija de un acaudalado magnate de la minería, H. H. Day; el capitán Day colaboró en el proyecto de Londres financiándolo como regalo de bodas para la pareja. Si bien es cierto que había habido una pasajera «moda americana» en los cenáculos literarios de Londres, con Mark Twain y Joaquin Miller como invitados principales, cosa muy distinta era que un desconocido escritor freelance tuviera un éxito inmediato en ese superpoblado mercado literario. Se trataba de un proyecto que nunca hasta entonces había emprendido ningún norteamericano del oeste.

Su aventura no se vio coronada por el éxito, pero tampoco puede considerarse un fracaso.¹ Bierce vendió varios artículos a *Fun* y consiguió publicar tres libros de humor disparatado, *Nuggets and Dust*, *The Fiend's Delight* y *Cobwebs from an Empty Skull*, todos firmados con el imaginativo seudónimo de Dod Grile. Hizo demasiadas buenas migas con los círculos literarios londinenses, un grupo muy sociable. Entre sus amigos se contaba William Schwenck Gilbert, de Gilbert y Sullivan, que diseñó la portada de uno de los libros de Bierce y probablemente le influyó para que escribiera poesía humorística. Pero el londinense era un mercado literario anormal y no podía durar: el afable director de *Fun*, Tom Hood, Jr., y el editor literario de Bierce, John Camden Hooten murieron con pocos días de diferencia; Mollie Bierce, que ya había alumbrado un hijo en Inglaterra y esperaba el segundo,

1. Para obtener mayor información sobre esta aventura, véase Carey McWilliams: *Ambrose Bierce*, Nueva York, Albert & Charles Boni, 1929.

quería volver a casa; de manera que, a finales de 1875, Bierce puso término a su aventura tras haber conseguido la inaudita proeza de, pese a ser americano, ganarse la vida como freelance en Londres durante tres años y medio.

En ese período londinense había reflexionado sobre la posibilidad de escribir un «Diccionario cómico» y, al regresar a Estados Unidos, mientras se encontraba en Nueva York, la obra que se iba a publicar por entregas a lo largo de los siguientes treinta años ya casi podía darse por nacida.

Cuando dejó el empleo de Marriott, en marzo de 1872, Bierce había acordado que podría recuperar su puesto en «The Town Crier» si volvía a San Francisco. Y ahí estaba, de regreso, con más experiencia acumulada pero sin un céntimo y necesitado urgentemente de empleo. Marriott recibió, a todas luces por correo, dos breves y brillantes colaboraciones de Bierce que aparecieron publicadas a la vez en el *News Letter* del 11 de diciembre de 1875. Ambas iban firmadas con seudónimos humorísticos: una por «Smallbeer» [cervecita], una glosa ligera, de media página, sobre el Nueva York que había visto a su paso por la ciudad; y otro texto, también de media página, que suponía una novedad en los artículos satíricos, e iba encabezado con el título «The Demon's Dictionary». Contenía cuarenta y ocho entradas con definiciones mordaces. Marriott publicó ambas colaboraciones en el *News Letter* sin añadir ninguna explicación.

El editor no volvió a contratar a Bierce, probablemente porque San Francisco estaba sufriendo un período de depresión económica y Marriott no podía permitírselo. Cómo se ganó la vida Bierce durante los quince meses que siguieron a su regreso de Londres es otro misterio, pero fuera como periodista freelance, secretario de club o empleado de la Casa de la Moneda, el caso es que sabemos que salió adelante.

Sin embargo, esa entrega de «The Demon's Dictionary» de 1875 tiene interés en nuestra recuperación de la obra perdida de Bierce. Años más tarde, el autor satírico afirmarí­a que había empezado a escribir *El diccionario del diablo* en 1881, y que lo hizo con la palabra «Abasement». Pero este avance de «The Demon's Dictionary», publicado cinco años antes y que también comenzaba por la «A», contaba con varias entradas que precedían a «Abasement» y un total de 48 que empezaban por esa vocal. Todo parece indicar que se trató del primer fragmento publicado del famoso serial y que Bierce lo olvidó más tarde, hasta el punto de que ni siquiera llegó a recuperarlo jamás del

News Letter. Aquí sí lo devolvemos al lugar que, creemos, le corresponde al principio de *El diccionario del diablo*; el autor todavía no había instituido su colaboración con Satán y el rasgo más llamativo era el uso de palabras grotescas y poco habituales.

Bierce consiguió por fin empleo en marzo de 1877, como director adjunto de una nueva revista, *The Argonaut*, una publicación de economía saneada fundada por Frank Pixley con el respaldo de un grupo de empresarios del ferrocarril, especuladores de tierras y organizaciones antiobreras. *The Argonaut* pretendía ser la revista más exquisita de San Francisco y Pixley, con la ayuda profesional de Bierce, la convirtió en tal. Bierce seleccionó e instruyó a un buen equipo de periodistas de ambos sexos, impuso un estilo de escritura vivaz y atractivo que perduraría durante años y contribuyó en persona con una columna semanal titulada «Prattle» [Cháchara], menos polémica que la que escribía en el viejo «The Town Crier» pero de tono más trabajado y complejo. También escribió muchos poemas, recuperó fábulas y otros tipos de textos satíricos, le dedicó atención a la crítica literaria y convirtió su firma, una sencilla letra «B», en la estrella del periodismo de San Francisco.

«The Demon's Dictionary» no se publicó en *The Argonaut*, pero no sabemos por qué, sólo podemos hacer conjeturas. Tenemos constancia, por dos páginas de «Prattle», que Bierce no había abandonado la idea del «Diccionario cómico». En su columna del 17 de noviembre de 1877, con la intención de satirizar la estupidez de los textos de economía del *Evening Post* de San Francisco, escribió:

Las siguientes definiciones proceden del Diccionario Íntegro del Idiota, que se utiliza en la oficina del *Evening Post*: «**Acreeador**, s. Bellaco que se beneficiaría de una refinanciación (de los pagos de la deuda). **Deudor**, s. Persona respetable, en cuyo interés la economía nacional debería encaminarse a devaluar la moneda».

Y el 14 de septiembre de 1878, cuando aborda otro tema muy distinto, escribe:

A continuación siguen unas muestras de definiciones de un diccionario sin publicar para el cual (en nombre del autor) estoy dispuesto a recibir suscripciones: «**Amor**, locura que se comete al tener demasiada buena opinión de alguien antes de saber nada de uno mismo». «**Noviazgo**, tími-

dos sorbos que dan dos almas sedientas a una copa de vino que ambas pueden vaciar fácilmente pero ninguna está en condiciones de rellenar.» «**Matrimonio**, estrategia femenina para imponer el silencio y mediante la que una sola mujer protege el buen nombre de otras doce.» «**Divorcio**, reanudación de las relaciones diplomáticas y rectificación de las fronteras.»

Pese a su éxito con *The Argonaut*, la mala suerte perseguía a Bierce. El asma, difícil de sobrellevar en el clima de San Francisco, le obligó a convertirse en editor a distancia, y tuvo que vivir en varias ciudades de las colinas de los alrededores. Aunque esa situación no tenía por qué impedir su trabajo en una publicación semanal, debió de ser la causa de los problemas que surgieron con Pixley, y que se hicieron patentes a mediados de 1879. Es probable que las discrepancias se centraran en la relación laboral, que Pixley consideraba rota y Bierce, no. Éste, con la posible intención de recobrar la salud, buscó trabajo al aire libre y, por sorprendente que parezca, apareció ese verano en Dakota como supervisor de una mina de oro en la zona de las Black Hills.¹ Como era habitual, Bierce salió bien parado, pero el oro se agotó. Más tarde, en su novela *Black Beetles in Amber*, Bierce atacó con acritud a Pixley acusándole de haber incumplido una promesa. Su afilado falso epitafio, «Aquí yace Frank Pixley, como siempre», es un buen ejemplo de ese ataque.

Lejos de sentirse acabado o ni siquiera desanimado, Bierce, a juicio de la mayoría de sus biógrafos, iba a conseguir inmediatamente después el mejor cargo profesional de su vida y a producir la mejor obra de su carrera. Se trató del puesto de redactor jefe del semanario de San Francisco *Wasp*, una revista política y humorística de buena reputación pero venida a menos. Salmi Morse, el antiguo director, había dimitido cuando Bierce estaba fuera de San Francisco. Bierce había regresado de las Black Hills en diciembre de 1880 y le habían llegado rumores de un cambio en la propiedad de *Wasp*; dos financieros amigos suyos iban a comprar la publicación: Harry Dam, como propietario, y E. C. Ned Macfarlane como gerente, quienes le ofrecieron la dirección. Bierce se hizo cargo de *Wasp* a principios de 1881 y se dedicó con entusiasmo a la tarea de eclipsar al resto de la profesión periodísti-

1. El mejor ensayo sobre ese período se encuentra en Paul Fatout: *Ambrose Bierce and the Black Hills*, Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1956.

ca de San Francisco, en cualquiera de las fases de la redacción y la edición de una revista.

Fue también a principios de 1881 cuando Bierce introdujo el título «The Devil's Dictionary» tras un período preliminar que había empezado por la letra «P» con el encabezamiento «Webster's Improved Dictionary» [Diccionario Webster mejorado].

«The Devil's Dictionary» consiguió inmediatamente el éxito que merecía. Ahí estaba un artículo satírico, sin el componente de ataque personal, que retorció con sutileza los significados de las ideas básicas de la gente definiendo las palabras, como haría un diablo burlón, con la intención de sembrar en el lector la incertidumbre sobre su propio pensamiento a la vez que lo intrigaba con una muestra de ingenio aparentemente inofensivo.

Su quintaesencia, más adelante, sería la definición condensada en una sola palabra: «Blanco, adj. Negro». Pero a eso sólo llegaría después de que lo mismo se hubiera dicho de manera menos directa en miles de formas cautivadoras.

El diccionario satánico alcanzó tal popularidad que Bierce lo publicaba cada una o dos semanas y escribió un total de 88 entregas del «Devil's Dictionary», de entre 15 y 20 palabras cada una, durante la etapa en que dirigió *Wasp* entre 1881 y 1886.

Tan sólo alrededor de un tercio de ese material volvería a publicarse más tarde, en el séptimo volumen de *The Collected Works of Ambrose Bierce* (1911). El texto íntegro de todas las entregas se incluye en este libro.

Wasp fue una revista admirable en todos sus aspectos. La producción de Bierce de artículos, poemas y comentarios de opinión nunca fue tan versátil ni tan prolífica. Sin embargo, se produjo un preocupante incidente, un caso excepcional de problemas con el propietario. Durante su tercer año en el cargo, Bierce, que había atacado a la Spring Valley Water Company calificándola de «reiterada infractora pública» por importunar al Ayuntamiento de San Francisco para que subiera el precio del agua, recibió la asombrosa noticia de que el presidente de esa empresa, Charles Webb Howard, era el propietario secreto de *Wasp*, es más, que lo había sido desde el principio. La réplica de Bierce fue proponer la crítica de Webb en su propia publicación a menos que éste la vendiera, cosa que hizo sin dilación. Ned Macfarlane, que compró la revista, era un amigo de confianza de Bierce, y así se produjo uno de los pocos casos en la historia del periodismo en que el director

eligió al propietario y no a la inversa. Ambos trabajaron juntos sin mayores problemas hasta que la revista volvió a cambiar de manos y Bierce dimitió, a finales de 1886.

El término de su etapa en la dirección de *Wasp* en 1886 puso fin a la primera intensa mitad de las cuatro décadas de carrera como escritor de Bierce. A los cuarenta y cinco años, había entrado en la que sería la fase más gratificante de su larga vida. Durante el período en que el autor satírico trabajó como redactor y director en *The Argonaut* y *Wasp*, un joven excepcional, veinte años más joven que Bierce, había ido creciendo y madurando en San Francisco, formándose en Europa y Harvard, a lo que había que añadir sus antecedentes de pionero en cuanto hijo de un empresario de la minería fabulosamente rico que acababa de ser elegido senador por California. El joven William Randolph Hearst («W. R.») se había estado preparando para una sensacional irrupción en el periodismo de San Francisco. A principios de 1887, el senador George Hearst regaló a su hijo *The Examiner* para celebrar su elección al Senado. Fue un momento decisivo en la historia del periodismo estadounidense, y también en la carrera de Ambrose Bierce.

Nadie puede saber con seguridad hasta qué punto W. R. había formado sus ideas sobre el periodismo a partir de Bierce, ni siquiera si lo había leído en su juventud. Pero parece muy probable que así fuera: el trato que Hearst le dispensó a Bierce fue, como poco, excepcional. Una historia ya famosa narra cómo el joven y reciente propietario, en uno de los primeros pasos que dio para formar su equipo, fue ir en persona a buscar a Bierce a sus alojamientos de Oakland para contratarle. En los archivos de *The Examiner* se comprueba que, desde el principio y durante bastantes años, Bierce fue el único redactor que contaba con un espacio propio semanal en la página de opinión de Hearst. Los mismos archivos certifican la total independencia con la que le permitió escribir. Se sabe que Bierce no tenía que cumplir con ningún horario, no se relacionaba con el resto del equipo de redacción y podía vivir donde quisiese. Según consta, su salario también era elevado. La imagen que surge de esta situación es la de un escritor especial que recibe los privilegios y honores exclusivos de William Randolph Hearst; también se sabe que cuando Bierce, a los sesenta y siete años, quiso disponer de tiempo para compilar sus *Collected Works* para Neale, el editor, Hearst aceptó su dimisión con pesar y le ofreció libre acceso a cuanto había escrito en sus publicaciones para completar su antología. Con tal privilegiado trato, Bierce se convirtió en una figura eminente, y es

más triste que extraño que le envidiaran sus rivales, le odiaran aquellos a los que satirizaba y le guardaran rencor considerándole un intocable del periodismo; tampoco ha de sorprender que adoptara cierto aire de arrogancia en sus últimos años. Arthur McEwen, su amigo y rival, se sirvió de las iniciales de su nombre, A. G. B., para colgarle el apodo de «Almighty God Bierce» (Dios Todopoderoso Bierce), para regocijo de todo San Francisco.

«El diccionario del diablo», que hemos rastreado en las publicaciones del magnate del periodismo, representó sólo una pequeña parte de la relación profesional Bierce-Hearst, pero fue, sin duda, una parte curiosa. Tras entrar en *The Examiner* en 1887, Bierce publicó un número único con el título expurgado de «The Cynic's Dictionary», que daba a entender que la sociedad con Satán se había disuelto. Durante los dieciséis años siguientes no aparecieron más columnas del «Diccionario», que se reanudaron con la publicación de 24 entregas en 1904, 1905 y hasta julio de 1906. Fue entonces cuando Doubleday, Page and Company, la única editorial de alcance nacional que había mostrado algún interés por Bierce, publicó una reedición con formato de libro titulada *The Cynic's Word Book* con 500 entradas que contenía sólo las definiciones de palabras de la primera mitad del alfabeto, de la «A» a la «L». Tras esa edición, el «Diccionario» descansó durante los cinco años siguientes hasta su reaparición en 1911 con el añadido de otras 500 entradas, de la «M» a la «Z», como séptimo volumen de *The Collected Works of Ambrose Bierce*, y en esta ocasión con su propio título, *The Devil's Dictionary*. Ése es el volumen al que aquí, después de más de medio siglo, se le añaden 851 voces y definiciones originales de Bierce, insertadas en su correspondiente orden alfabético. Con esta adición creemos que la obra está íntegra.

Dado que *El diccionario del diablo* es una sátira filosófica, es posible que su importancia en la actualidad esté en cierta medida relacionada con la filosofía que expresa. Aunque hombre leído, Bierce no era un filósofo y sus ideas, que había concebido en un período contemporáneo a Nietzsche y anterior a Marx, Freud o los modernos, pueden parecer un tanto desfasadas en relación con el pensamiento actual. Pero si se examinan a fondo, resulta interesante descubrir cuántos de estos conceptos «diabólicos» se parecen, de un modo si se quiere incipiente, a las ideas existencialistas de la actualidad. Sin duda, eso puede aplicarse al rechazo de Bierce de los conceptos platónicos y de la lógica que no fuera acompañada de la intuición como medio para encontrar

la verdad; a su audaz asunción de la muerte como fenómeno natural de la vida y a su imagen de una deidad poco comprensiva con la raza humana; y, tal vez sobre todo, a su manera de refugiarse en la reiterada frase «Nada importa» cuando la tragedia le golpeó de lleno con la muerte de sus dos hijos. Su rasgo distintivo en la sátira era una nota lúgubre subyacente que, sin embargo, se transformaba en levedad, risa e ingenio; si alguna contribución propia hizo como autor satírico estadounidense u occidental, se trata sin duda de esta combinación disonante, que tiene excepcionales implicaciones literarias y le sitúa en un lugar aparte como escritor.

Después de la división de opiniones con la que se recibieron sus *Collected Works* en 1912, la reacción de Bierce fue la siguiente:

Fíjense en cómo resuena mi fama por todas partes, mil críticos gritan: «Es un desconocido».

Y en ese momento, su antiguo descubridor de tantos años atrás, James T. Watkins le escribió: «Posiblemente sólo obtengas un exiguo consuelo espiritual de la idea de que te vas a convertir en un clásico, y de que, con el tiempo, la prueba de la perspicacia y la capacidad de un crítico será su actitud hacia Ambrose Bierce».

Estas palabras expresan lo que piensa un creciente número de los admiradores actuales de Ambrose Bierce.

ERNEST JEROME HOPKINS
Profesor emérito de periodismo
Universidad Estatal de Arizona